

*El ángel del Señor vino
a Córdoba una mañana
y en la calleja el Toril,
asomado a la ventana,
te dijo con tierna voz
la pregunta inesperada.
No lo pensaste dos veces
y con la mirada baja,
disimulando el sonrojo,
dijiste que eras la esclava,
del Señor humilde sierva,
que se hiciera su palabra,
que tu vientre engendraría
y sería la morada*

*de ese Niño que en tu brazo
tiene jazmín la cara,
rizado pelo de encanto
y zapatitos de plata.
Porque el Verbo se hizo carne
entre sábanas de Holanda
y habitó aquí, con los suyos,
como uno más de la plaza.
Por eso, Virgen Bendita,
del Socorro Madre Amada,
ruega por todos nosotros
que podamos alcanzar
las promesas de tu Hijo
en la Gloria deseada.*

Hermana Mayor, Junta de Gobierno, Hermanos del Socorro, Cofrades de Córdoba, señores y señoras:

Cuando hace un año la hermana mayor me proponía que pregonara a la Virgen del Socorro desde el atril de esta ermita me resistía a aceptarlo por entender que no era merecedor de tal atención. Lo medité por un tiempo comprometiéndome titubeante, al fin, al honor que hoy aquí me tiene. Unas de las razones, y este es un pequeño secreto, que me impulsaron a contestar que sí, que haría el pregón, se encuentra en mi ardiente devoción a la que, desde San Jacinto, guía mis pasos en esta vida. Un día, por casualidad, supe que entre la nómina de hermanos del Socorro en las primeras décadas del siglo XVIII figuraba un nombre que me era bastante familiar. Se trataba del que puso sus propias y humildes manos al mensaje divino para hacer la imagen de la Virgen de los Dolores.

Juan Prieto fue, con toda seguridad, el primer enamorado de esa dolorosa del “pálido quebranto”, como dijera el poeta, pero también fue uno de los más activos hermanos del Socorro en su época. Vecino de la collación, a él debemos gran parte de la realización material de este retablo que nos preside, así como la autoría de ese templete dorado que cada último domingo de septiembre seguimos por la calle Almonas.

Este escultor e imaginero tuvo su corazón repartido entre la que corona la cuesta del Bailío y la que habita aquí, junto al Arco Bajo, entre la magnolia de los Dolores y el nardo moreno del Socorro.

La devoción que se irradia y a la vez se concentra en esta ermita, si bien siempre ha tenido su demarcación fijada por los límites del barrio, ha logrado traspasar esta barrera alcanzando los más lejanos rincones de nuestra ciudad. Pero junto a este fenómeno admirable, la Virgen del Socorro estará por siempre tranquila porque sabe que nunca le fallarán sus más celosos guardianes, esa especie de guardia pretoriana que no se separa de Ella porque tiene el privilegio de vivir y trabajar, día a día, a su lado. Ella es la reina y patrona del Mercado Central, de la plaza, para que nos entendamos.

Vamos, si me acompañáis, a hacer un recorrido por los portales, por los puestos, en ese espectáculo único que se repite cada mañana en una mezcla vertiginosa de olores, colores, sonidos y sensaciones.

*Vamos a la Corredera
en luminosa mañana
a encontrar la ciudad
por la que el tiempo no pasa.
No llevaremos canasto,
no vamos a hacer la plaza,
dirigiremos los pasos
donde el instinto nos marca:
nos dejaremos llevar
por aquello que nos plazca.
Hay vendedores de todo
donde nunca falta nada;
encontrar lo que se busca
con una vuelta no basta:
es la plaza un laberinto
de atmósfera provinciana.
Nos llamarán la atención
las naranjitas de Palma,
los sonrosados tomates,
los pimientos para asar
junto a jugosas lechugas
que nunca deben faltar
para el fresco picadillo
que los calores combata.
En el pescado tenemos
filetes de pez de espada
-negro lunar en su centro-
las angulas de Aguinaga,
saradinitas, jurelillos,
las almejas, la pescada,
acedías y pijotas,
con langostinos y gambas.
Que no falten los aliños
al preparar la matanza,
las guindillas y el comino,
la dulce canela en rama,
el orégano, el tomillo
para los guisos de caza...
en la carne están los pollos,
la chuleta bien cortada,
la ternera más jugosa
para ponerla con salsa,*

*las perdices y conejos
de monte y también de granja.
Veremos los embutidos,
morcillas de Guadalcazar,
el chorizo de rosario
para comerlo a la brasa,
el salchichón con pimienta,
y de lomos buenas cañas.
En el puesto de conservas
estarán todas las latas:
berberechos, mejillones,
de Tarifa las caballas,
las arenques en barricas
como soles colocadas.
El cazo con agujeros
hasta arriba llenará
la bolsa de aceitunas
de anchoas aromatizadas,
de manzanilla, gordales,
pepinillos y alcaparras.
Pero en este recorrido
nunca iremos de pasada
sin ver a la recovera
que desde lejos nos llama,
ni a la de los caracoles
que por el borde se escapan.
Y los sábados temprano,
en el centro de la plaza
las camisas de soldado,
medias de cristal y fajas,
zapatillas de deporte
para completar el chandal;
y en el puesto de la izquierda
edredones y almohadas,
enagiüllas y visillos
junto a calurosas mantas.
Si hay un puesto predilecto
al que dirijo la mirada
ese es el de las hierbas
que todos los males sanan:
en sacos de lienzo blanco
la menta y la valeriana,*

*la hierbaluisa, el cantueso,
la manzanilla y la albahaca.
Siguiendo el rastro oloroso
de la alhucema quemada,
oyendo a todo volumen
las rumbas y sevillanas,
miraremos los cacharros,
de Lucena son las lámparas,
hay llamadores de bronce
y hasta pomos de las camas.
Chamarileros de todo:
Desde el grifo a la campana,
del candelabro de hierro
hasta la estufa apagada.
En los portales hallamos
el botijo de La Rambla,
la sillita que es de enea,
la muy sufrida alpargata,
la tarima del brasero,
y también la palangana.
Nos afilarán cuchillos
y todo lo que haga flata;*

*rebuscaremos los libros:
Santo Tomás y el Espasa,
“El Coyote” y hasta Faulkner
queriendo buscar la ganga.
Iremos a la taberna
de clientela variada,
nos tomaremos un medio,
y hasta dos si hace falta,
comentaremos los toros
y cómo ha quedado el Barça.
Pero en todo este universo
en que van nuestras andanzas
hay un hueco entre sus gentes
que no se llena con nada.
Un día quiso la Virgen
probar frita aquella masa,
que entraba en el camarín
el olor por la ventana.
Y la Virgen del Socorro
toma todas las mañanas
los jeringos que le lleva
Carmela la de la plaza.*

La iconografía tradicional que el arte tiene reservada a esta advocación del Socorro nos muestra a la Virgen en actitud combativo-defensiva con una flecha, una lanza en la mano, incluso con una porra o un palo alejando o golpeando al demonio. Frente a esta dureza en la representación, a nuestra Virgen del Socorro la vemos aquí, en esta ermita, solamente con el cetro en su mano derecha, bella y sonriente, erguida en su majestad. Es una dulcificación a nuestro modo de esas otras vírgenes del Socorro y de las que tenemos ejemplos en alguna que otra iglesia de Córdoba.

Precisamente, junto con la advocación de la Virgen del Socorro va unida también otra hermosa forma de representación iconográfica que tiene su origen en la literatura mística de los siglos XII y XIII. Bajo el manto de la Virgen se refugia una joven madre, con su hijo en los brazos, la cabellera suelta e implorando el auxilio de María contra el demonio que intenta apoderarse del pequeño. La Virgen, con el palo en la mano hace huir al espíritu maligno.

¿Cuántas veces, desde este camarín, habrán blandido el cetro para socorrer a sus devotos? A lo mejor, sin quererlo, de aquí procede la estrecha y simpática relación entre la Virgen del Socorro y los niños de Córdoba que han pasado bajo el manto ofrecido por sus madres y que han sudado, como diminutos campaneros, junto a la soga que voltea el airoso campanillo. Las devociones que se inculcan desde pequeños son las que no se olvidan en la vida.

Pasarán los años, discurriremos por los más inverosímiles vericuetos de nuestra existencia pero en lo más recóndito de nuestro interior guardaremos la valiosa experiencia de nuestra sensación primera ante nuestras más íntimas devociones.

Son los recuerdos eternos que el tiempo congela, entre los arcos alto y bajo de nuestra memoria, para que nunca se pierda esa esencia tan cordobesa y que aquí perdura como en ningún otro sitio de la ciudad.

No nací en este barrio, como sabéis, pero en lo más hondo de mí llevo guardados una serie de recuerdos, vividos hace unos años, y que nos hablan de mis primeras devociones a esta Virgen del Socorro. Para muchos de los que me escucháis, esto que os voy a contar puede pareceros que ocurrió ayer mismo; y es así, aunque para mí tienen el valor de haberlos vivido en el paso de la niñez a la primera juventud.

El colegio en el que realicé mis estudios, por aquello del traslado desde la plaza de la Compañía hasta las entonces huertas de la Fuensanta, me hacía usar el autobús escolar como necesario medio de transporte. Pero en los fines de semana y períodos vacacionales en que allí tenía que ir prefería, si podía, andar por la Córdoba vieja para descubrir encantos de los que algunos ya se han perdido por nuestra desidia.

Recuerdo la bajada por una Espartería bulliciosa, y no ruinoso como ahora, entrar en la Corredera y sorprenderme de su ambiente barojiano. Siguen los mismos viejos sentados en las mismas gradillas y los mismos jilgueros en las mismas jaulas. Cruzar aquel mundo me hacía sentir indefensión porque todo me dominaba: las miradas, las voces, los empujones, todo por el suelo y todos participando del rito mercantil más primitivo.

Este ambiente me seducía y yo me dejaba llevar por el mismo hasta desembocar en la penumbra del Socorro. Una penumbra que era rota por las velitas rojas y blancas que por aquí había. Aunque pareciera increíble, la ermita estaba en silencio, sólo el bisbeo de los rezos y un “¡con Dios!” al santero que en su mesa con tapa de cristal mostraba estampas en blanco y negro con el perfil de la Virgen y otras con saya estampada y con un manto que descubrí que era rojo en láminas enmacardas de los puestos de la plaza. Son estampas que conservo como recuerdo desde aquellos mis primeros paseos por la Córdoba que quiero.

Había que seguir adelante y cruzar una plaza de la Almagra sin rehabilitar pero con el orgullo de no tener en su centro una farola-fuente catalanizante; una calle del Poyo cada vez más encantadora hasta llegar a una iglesia de San Pedro de obligada parada. Si la puerta estaba abierta no había por qué resistirse a la tentación, atravesar el cancel, y encontrarse con don Julián perseguido por una pesada beata entre la capilla de los Mártires y el refugio seguro de la sacristía. Los altares y ornamentos revestidos de tiaras y llaves pontificales, brillante rejería dorada en el presbítero y, en lado del Evangelio, el Cristo de la Misericordia y la Virgen de las Lágrimas que ahora añoran esta capilla desde el largo destierro al que los mandó la indolencia oficial.

Era para mí San Pedro una iglesia en la que siempre había algo que descubrir, algo que admirar: desde la urna de los Mártires hasta la Virgen de la Esperanza y desde el Cristo de las Llagas hasta la pila bautismal.

Quedará por siempre este recuerdo en la memoria hasta que pronto, Dios lo quiera, volvamos a ver sus puertas abiertas. Y que no ocurra como con otras. Precisamente en este tiempo en que recuerdo mis paseos primeros por esta Córdoba es cuando se destruyó el santuario de la Fuensanta. Y digo destrucción porque en las obras de presunta “restauración” se eliminó salvajemente todo lo mágico que había en aquel ribereño santuario. El florido y encalado patio inmortalizado en los lienzos de Rafael

Botí, el zócalo de azulejos que venció a todas las riadas, la amarilla cúpula que se veía entre huertas y el retablo que emanaba a la pequeña Virgen huertana. ¿Qué nos queda hoy?: una iglesia sin terminar y un nicho en un muro para que Nuestra Madre de la Fuensanta nos siga dispensando, pese a todo, sus gracias y favores.

Esta Virgen sufrió también lo suyo con otro destierro que fue, desde el templo de Santiago, hasta que ardió y al que iba a ver a la Virgen de la Soledad que fue bendecida en mi parroquia de San Miguel, hasta parar a la iglesia de Madre de Dios, incompetentemente abandonada hasta que cualquier día nos dé un disgusto.

Esta es la Córdoba de los contrastes, de los sinsabores, de las destrucciones absurdas y de la alegría por saber que el Socorro, que esta ermita, que la Virgen, que su devoción, siguen intactas creciendo cada día más. El amor de los cordobeses a la Virgen del Socorro es, en la actualidad, tan sólido, tan maduro, tan sincero, tan profundo que en breve fructificará, no lo dudéis, en la coronación canónica de Nuestra Señora. Es momento, hermanos del Socorro, de ponerse a trabajar. Es duro el camino, experiencias cercanas nos lo atestiguan, pero qué momento mas inolvidable será cuando la Mitra cordobesa corone solemnemente a Nuestra Virgen con el amor de todos sus fieles.

Este amor, insisto, se repite a lo largo del año y de forma especial se notará el miércoles que viene en el besamanos. Ese día, muy temprano, como si fuera a poner su puesto, se recogerá la saya con donaire, tal que un delantal, para bajar despacito del camarín a recibir, entre nardos y claveles, a las vecinas del barrio. Es el día en el que le habla de tú a tú, en el que mirándolas a los ojos descubre esos dolores que mortifican y por lo que durante el año entran a pedir alivio en esta ermita. Durante esta jornada qué pocas peticiones hay, sólo se oye “gracias” al dejar un beso en su mano.

*De oír temprano misa
vengo desde la Fuensanta,
donde campanas de barro,
los garbanzos y castañas
anticipan el otoño
dorado de la avellana.
Y no creas que he olvidado,
-a esta cita no se falta-,
hoy estas en besamanos
en este estuche de plata.
Sale, para recibirme,
de los nardos la fragancia
que rebosa de la ermita
hasta cruzar la fachada,
como gloria de septiembre
que por los dedos se escapa.
Con tu besamanos, Madre,
con los cultos que derrama
la adoración de tus fieles,
el verano ya se acaba
con sus moñas de jazmines*

*y macetitas de albahaca.
El verano de esta tierra
es verano de añoranza
con los toldos en los patios
de las casas encaladas,
con siestas interminables
de mecedoras y hamacas,
de botijos refrescantes
a la sombra de la parra
-agua fresca del cabildo
en lágrimas rezumada-,
siestas de largos silencios
en calles de sombra escasa.
Combatiendo los calores
los cordobeses marchaban
a los baños en el río
o en la alberca sombreada
por el verdor de la higuera
que la cubre con sus ramas.
Como las noches de antaño,
en las puertas de las casas,*

*camisetas de tirantes,
y abanicos que agitaban
los mechones de cabello
de las morenitas guapas.
Madre nuestra del Socorro
en esta noche caldeada
venimos a acompañarte
a esta tu coqueta casa.*

*Apretados, sudorosos,
no nos pesa esta velada,
sólo verte es suficiente
y pregonar por las plazas
que en este mes de septiembre
con sus fiestas es honrada
esta Virgen del Socorro
que llevamos en el alma.*

Pero es momento, hermanos del Socorro, de que abramos las cancelas de la memoria al hecho que de nuevo este año, el día de la procesión, se repetirá en esta ermita. Muchos recordaréis, como si fuera ayer, la última vez que la imagen de San Rafael recorría gallarda, entre faroles, las calles del barrio en veranos de pavesas en las azoteas y nocturnas en “Los Tejares”. Son tradiciones que se recuperan con justicia porque esta imagen de nuestro custodio que aquí veneramos es, con toda seguridad, la que más veces ha procesionado por las calles de Córdoba. Incluso, recogen las crónicas, más de una vez fue en rogativas al Campo de la Verdad.

Muchos conoceréis esta oración tan antigua como cordobesa que dice:

*“Glorioso San Rafael,
ángel custodio de Córdoba:
dirigid mis pensamientos,
mis palabras y mis obras,
guiadme por buen camino
y conducidme a la Gloria”.*

Y esta Gloria será cuando San Rafael y la Virgen del Socorro recorran este año, con esplendor renovado, las calles del barrio. Es ésta una labor de recuperación de tradiciones de las que tan abundante es esta hermandad. (¡Cuánto daría mas de una cofradía de penitencia por tener el valioso y documentado pasado histórico, y la riqueza en tradiciones e indulgencias de las que gozan legítimamente los hermanos del Socorro!).

Qué podrá ocurrir cuando nuestro San Rafael vuelva a salir a la calle en procesión después de más de veintitantos años largos sin hacerlo. Ya sabrá ÉL, porque se lo han contado día a día, los cambios que para bien y para mal ha ido teniendo el barrio: que si con el arreglo de la plaza no se ponen de acuerdo, que si fulanito se ha mudado a Fátima, que si han cerrado la confitería y “La Parra”, que si han arreglado tal casa, que si han tirado tal otra,... Lo sabe todo y nada de lo que verá le causará sorpresa aunque, quién sabe, a lo mejor rodará una lágrima por su mejilla al ver que sí, que es verdad, que San Pedro está cerrada. La única noticia que se resistía a creer. Su San Pedro. Donde tantos y tan fastuosos cultos se le rindieron a nuestro arcángel; la iglesia donde se guardaban las reliquias de los Mártires, aquellos innominados por los que un siete de mayo bajó del cielo para decir de quienes eran y a jurarnos su custodia eterna. El Socorro y San Pedro. Qué estrecha relación existe entre ambos nombres, tanto en Córdoba como en Roma. En la basílica vaticana de San Pedro, la imagen mariana de mayor devoción popular se llama, precisamente Nuestra Señora del Socorro. Quizá, por ello, y sin saberlo, cuando hablamos del Socorro lo hacemos de San Pedro y viceversa.

Quisiera ahora, hermanos del Socorro, abusar brevemente de la prerrogativa efímera que se me concede por se el pregonero. No sé si la petición que voy a realizar caerá en saco roto, lo cierto es que la llevo meditando un tiempo y si no fructifica será por vuestra siempre alabada humildad. Es lo siguiente: esta hermandad ha tenido, y tiene, sus puertas abiertas para aquel que lo ha solicitado, para el que se ha quedado momentáneamente sin sede canónica, para recibir a la Virgen que llega en Rosario de la Aurora y al Cristo que cruza en Vía Crucis, para poner un ramo en el palio que se detiene ante la acera, para recoger a esa imagen que acaba de recuperar su esplendor tras una restauración en un taller de prodigios que está aquí enfrente y que es como una prolongación de esta casa. Habría más ejemplos, seguro, que añadir para proponer que a la hermandad del Socorro se le conceda el título de “Hospitalaria”.

De qué sirve hoy en día ser pontificios, reales, patriarcales o ilustres si todos somos iguales a los ojos de Dios. Qué utilidad tiene ser venerables, fervorosos o humildes si son cualidades que se le suponer al cofrade como el valor al soldado. Pero en las oleadas de egoísmos, envidias, vanidades y personalismos que nos azotan, qué poco frecuente y qué bonito es ser hospitalario. Como los hermanos del Socorro.

Esta ermita, como bien sabéis, está abierta durante todos los días para acoger esa oración de urgencia. Los sábados al mediodía el campanillo nos convoca al rezo colectivo del Ángelus. Hermanos del Socorro: no perdáis nunca lustras señas de identidad; que el Ángelus de los sábados en esta ermita sea una referencia mariana en Córdoba. A ver si poco a poco se consigue, al menos, una misa semanal a las plantas de la Señora. Sé que tarde o temprano lo lograréis.

En mayo honramos, desde este año, a nuestra Madre Bendita con las sabatinas, pero en septiembre, otro mes mariano casi tan importante como mayo, los cultos en honor a la Virgen del Socorro se derraman como ofrenda generosa.

Este pregón es la humilde llave que abre esa puerta florida, majestuosa y sincera que todos atravesaremos, una vez más, para honrar a nuestra Madre del Socorro. El besamanos, como ya ha quedado dicho, será una interminable sucesión, durante dos días, de la muestra de cariño, afecto y respeto mas simple que existo: el beso.

La generosidad de esta hermandad, que se prodiga a lo largo de todo el año, queda patente y simbolizada también en el mes de septiembre cuando cada uno de los vendedores de la plaza ayude a la Virgen a que Ella monte también su propio puesto. Si durante el año las mujeres entrar a rezarle con la compra recién hecha, o a medio hacer, en este día, cada uno aporta generosamente lo que puede a los pies de la Señora creando un impresionante y único altar con los más inverosímiles elementos que después, la Virgen del Socorro repartirá entre quienes más quiere, entre los necesitados.

La intimidad para los hermanos del Socorro tendrá su lugar durante el Triduo solemne que se oficiará en esta ermita y que culminará, a lo grande, con la Fiesta de Regla, momento anual en el que se les recuerda a los hermanos los derechos y las obligaciones contraídas.

Durante estas celebraciones, las dimensiones de la ermita no restarán un ápice de lujo y solemnidad a las mismas. Además, también añaden esa componente de intimidad que a veces requiere la ocasión para rezarle a Nuestra Madre del Socorro. Hay veces, en que tan abstraídos estamos rezando, que nos parece ver al Divino Niño jugueteando por el

camarín, correteando por la sacristía, entre los bancos, por la ermita. Vemos que la Madre lo coge y lo acuna en sus brazos. Nosotros también. Sin querer, de nuestros labios nace esta nana.

*A la nana, nanita, duerme mi niño
que los ángeles ya te mecen con mimo.
A la nana, nanita, dulce caricia
cuando veo en tus labios esta sonrisa.
Las luces de la plaza ya se apagaron
y la luna ya brilla sobre el mercado.
Los gitanos del barrio tocan las palmas
bulerías y tangos con sus guitarras.
Los lindos churumbeles duermen y sueñan
que en la plaza de las Cañas contigo juegan.*

*A la nana, nanita, duerme mi cielo
que velando tus sueños está un lucero.
Duérmete vida mía entre los jazmines
que el reloj de la ermita ya dio un repique.
Ya se duerme mi niño nanita, nana,
y que no lo moleste ni la campana.
Y a la nana, nanita, ya vendrá el día
cuando el canario cante su melodía.*

Y a Ti, Virgen Bendita, llegados a este punto del pregón presentimos cercana tu presencia radiante en el día de la procesión. Ya te habrán ataviado con tus galas mejores, con tus bellos aderezos, con tu bastón de alcaldesa de barrio. Habrán traído, recién cortados de la huerta, los nardos embriagadores, la frescura de los claveles para la rosa de la Corredera.

El Niño estará exultante en su alborozo porque sabe que ese día será paseado por las calles del barrio por la Madre más guapa del mundo, ¡y con qué razón! Virgen Nuestra del Socorro, todo está preparado: las varas junto al altar, el paso dejará sitio al de San Rafael, el templete se transformará en un curioso y barroco retablo en el que se te puede admirar y piropear desde los cuatro costados, los angelitos que hay a tus plantas portan ya el racimo, la pescada, la pera... y la merenga.

La tarde declina lenta, perezosamente, y la candelería recién encendida presagia la noche radiante que vas a vivir entre los tuyos, en tu barrio. Los primeros fieles que te van a acompañar salen con su vela a esta tu plaza que te recibe con colgaduras. Cada uno en su puesto y llama el capataz. Un escalofrío recorre el cuerpo de los presentes. Es verdad, un año más, la Virgen del Socorro sale a vernos, a sonreírnos, ¡con qué poquito nos conformamos, Madre!

Con la media altura de esta puerta el paso está en la calle, suena la banda, los aplausos Te arropan, el campanillo canta su alegría en lo alto de la espadaña y de la boca de un gitano se escapa un piropo como flor de un deseo.

Y nosotros decimos:

“Dios te Salve, Virgen Nuestra: Dios te Salve, Madre Amada. Las calles de tu barrio te cogen de la mano; con orgullo te pasean desde una punta hasta la otra.”

¡Qué momento, Madre, que contarle no puedo! Las miradas de las gentes en tu pupila se clavan, en tu belleza morena, en tu cara de princesa. Madre Nuestra del Socorro, sé Virgen de Misericordia, socorro de menesterosos, ayuda de pusilánimes, consuelo de los que lloran desde la acera te pedimos; porque también eres, Madre, luz de los perdidos, refugio de los que huyen, pañuelo de los afligidos, y abrigo de los cofrades

que toda Córdoba venimos queriendo ver tu sonrisa y la bendición que tu Hijo nos deposita en el alma.

Por eso Virgen Bendita, del Socorro Madre amada, ¡tantas cosas te pedimos con lágrimas en los ojos!, ¡tantas cosas nos concedes con la sonrisa en los labios!

*La procesión va marchando
por la plaza de la Almagra,
y como un rezo sublime
comienza a tocar la banda
girando en la calle el Baño
mientras florece una marcha
que marcan los costaleros
en sus cinturas fajadas.
Más debajo de la calle
Entre una marea humana
cantes festeros te hacen,
entre palmas y guitarras,
añorar los faralaes
que en esta feria estrenabas.
Seguirás por Don Rodrigo
como flor de la esperanza
y llegarás a San Pedro
-la iglesia sigue cerrada-,
La calle el Poyo te acoge
en su estrechez de cal blanca
con sus balcones floridos
que en la plaza de la Almagra,
rojas fachadas de sangre,
se hace la calle más ancha.
Olores de golosinas
y de almendras tostadas
tendrás en la calle Almonas,
esa calle que es tan larga
y que llega hasta el Realejo
que es collación lejana.
Madre Nuestra del Socorro,
ya está la noche cerrada
y qué bien huelen tus nardos
cuando subes soberana
por la calla Pedro López
envuelta en la luz dorada
que es el color del templete,
el templete que te ampara.
Llegas a la Espartería,
estás de gentes rodeada,*

*la Corredera está cerca,
allí los tuyos te aguardan
que rugirán de contentos
al ver que el Arco Ato pasas.
Cruzando la plaza, madre,
rojas y verdes bengalas,
van escoltando tu paso
como si fueran guirnaldas
de colores, humeantes,
derramándose en cascada.
En el arco del Toril
Te cobijan y te guardan
con los mantones por palio
de grandes flores bordadas.
Y se quemarán los fuegos,
molinetes y carcasas,
siguiendo la tradición,
tal y como está marcada,
que hay que iluminar el cielo
quitando su negra capa.
En los soportales, Madre,
Está la infancia asustada
por cada cohete que sube,
por la palmera que estalla.
Y ahora que el pregón termina,
que mi voz ya está rajada,
quiero dejar en tus manos
este grito de esperanza:
¡Cordobeses, venid todos
que ahora la Virgen llama!
¡Venid todos a esta ermita
a rezarle, a piroppearla
con las palabritas finas
que salen de nuestra alma!
¡Venid todos al Socorro
que la Virgen nos aguarda,
que ahora empiezan las fiestas
de la Reina de la plaza!*

He dicho.

Pronunciado en la Ermita de la Patrona del Mercado Central
el día 4 de septiembre de 1993